

IX Jornadas de Sociología de la UNLP

Mesa 32: Los sentidos del trabajo. Cultura, subjetividad, trayectorias e identidades en el mundo del trabajo

Título: El valor social del trabajo infantil. Reflexiones a partir de una etnografía en Misiones.

Laura Frasco Zuker (CONICET, IDAES), laurefz@gmail.com

Resumen

El trabajo infantil es un fenómeno moralmente condenado, fundamentalmente, por vulnerar los derechos de los niños y por considerarse inadecuado para esta etapa de la vida. En este sentido, las políticas públicas y programas aplicados a nivel local, apuntan a su prevención y erradicación a través de distintos instrumentos y recursos. Los estudios de las ciencias sociales aportan evidencia empírica y discusiones teóricas que permiten comprender los sentidos que los propios actores sociales le otorgan al trabajo infantil. Partiendo de esta base argumentan que conocer la perspectiva del actor y contextualizar los análisis permitirían generar estrategias más adecuadas desde las políticas públicas. En este marco, esta ponencia busca analizar y discutir resultados del trabajo de campo etnográfico realizado al norte de Misiones pariendo del interrogante sobre el valor social que adquiere localmente esta práctica. Para ello, se considera la perspectiva de distintas generaciones que integran las unidades domésticas buscando conocer si se presentan cambios vinculados a los grupos de edad. Se procura aportar elementos que permitan comprender más cabalmente el objeto de estudio analizado.

Introducción

El trabajo realizado por niños¹ es uno de los fenómenos de la infancia que causan más preocupación y condena moral. En América Latina, el incremento de estudios académicos sobre trabajo infantil de las últimas décadas y la presencia de regulaciones y políticas

¹ Se toma conciencia de los sesgos potenciales de universalizar las categorías masculinas del lenguaje, pero se opta por emplear el masculino genérico clásico con el fin de evitar la sobrecarga gráfica que supondría indicar en español ambos sexos. Todas las menciones en tal género representan siempre a niños y niñas. Cuando el objeto de estudio involucra exclusivamente a niñas o mujeres se hace uso del femenino.

públicas tendientes a su prevención y erradicación revelan que es considerado un problema social y además un indicador de malestar social (Macri, 2012).

La categoría “trabajo infantil” se entiende de distintas formas según los actores sociales e instituciones particulares que se consideren y se interpreta a la luz de paradigmas disímiles. Las investigaciones de ciencias sociales han aportado evidencias y discusiones teóricas que permiten poner en cuestión las definiciones normativas y universales de infancia en general y de trabajo infantil en particular presentes en las políticas públicas que pretenden erradicarlo. La Organización Internacional del Trabajo (OIT) -actor clave en la promoción de derechos de los trabajadores y en la “lucha contra el trabajo infantil” a través de la elaboración de instrumentos tales como convenios y programas- reconoce la existencia de distintos tipos de trabajo infantil² y en este sentido considera que no todo trabajo realizado por niños debe ser eliminado. Sin embargo, independientemente de la consideración de sus variadas formas, el trabajo infantil es definido por la OIT “como todo trabajo que priva a los niños de su niñez, su potencial y su dignidad, y que es perjudicial para su desarrollo físico y psicológico”³.

A partir del trabajo de campo etnográfico realizado hasta el momento en una localidad al noroeste de Misiones se han identificado algunas situaciones que permiten poner en tensión algunos supuestos del planteo abolicionista hegemónico, sostenido por la OIT. Este trabajo parte de una noción de infancia como categoría socio-histórica, que adquiere sentidos y prácticas singulares según los contextos sociales que se consideren. En este sentido, la pregunta general que se recupera se orienta a conocer cómo es (y cómo fue) significada la experiencia de trabajar durante la infancia por parte de quienes son niños actualmente y de jóvenes y adultos que hayan trabajado durante su niñez. Particularmente, se busca indagar sobre los sentidos, habilidades, padecimientos y riesgos atribuidos al trabajo infantil desde la perspectiva de los actores sociales.

² “Existen diferencias considerables entre las numerosas formas de trabajo realizadas por niños. Algunas son difíciles y exigentes, otras más peligrosas e incluso reprobables desde el punto de vista ético. En el marco de su trabajo, los niños realizan una gama muy amplia de tareas y actividades” (OIT). Las formas más “extremas” de trabajo infantil se refieren a cuando “los niños son sometidos a situaciones de esclavitud, separados de su familia, expuestos a graves peligros y enfermedades y/o abandonados a su suerte en la calle de grandes ciudades (con frecuencia a una edad muy temprana)”, <http://www.ilo.org/ipec/facts/lang--es/index.htm>

³ <http://www.ilo.org/ipec/facts/lang--es/index.htm>

Una lectura antropológica de la infancia

Uno de los aportes fundamentales que han hecho las ciencias sociales al campo de estudios de la infancia es dar cuenta de su carácter socialmente construido, histórico y diverso. La puesta en cuestión de la noción de la infancia definida por etapas biológicas de crecimiento y desarrollo desplazó el foco de análisis hacia la diversidad de formas en que las sociedades y grupos clasifican esos cambios biológicos (Colangelo, 2003). El carácter universal de la infancia fue discutido no solamente en su vertiente biologicista sino también esencialista, más concretamente las definiciones basadas en una idea de esencia o naturaleza infantil que supondría ciertos comportamientos y actitudes esperables (y no esperables) en esta etapa de la vida. En este punto, es una referencia casi obligada en los estudios de infancia citar al historiador Phillipe Ariès en tanto que definió a la infancia como una invención (europea y del siglo XVIII), dando cuenta de su carácter históricamente construido y contraponiéndose así a cualquier idea de esencia inmutable.

Las investigaciones antropológicas contribuyeron a problematizar la niñez (Szulc, 2006) al mostrar cómo las categorías etarias, los significados otorgados y las prácticas vinculadas a las etapas de la vida varían según los contextos históricos, sociales y culturales. Además, han destacado la necesidad incorporar a los niños como actores claves de las realidades estudiadas (tradicionalmente omitidos). Problematizar antropológicamente la niñez supone, así, reponer el carácter social e históricamente construido no solamente de esta etapa de la vida sino también de todas las expectativas que se forjan alrededor de ella. En este artículo interesa señalar particularmente, a la luz de estos aportes, cómo la contradicción entre niñez y trabajo no debe ser naturalizada sino objeto de análisis. Szulc (2002) señala que esta “oposición mutuamente excluyente” es un supuesto de los programas destinados a la erradicación del trabajo infantil pero no ha existido siempre y en todas las sociedades. En este sentido, los aportes de Zelizer (2009) resultan centrales para mostrar cómo la idea de “mundos hostiles” es característica de una racionalidad moderna y occidental. El proceso de “sacralización de los niños” da cuenta del modo en que la niñez comienza a ser objeto de sentimiento antes que de utilidad. En este marco, los niños son excluidos de determinadas actividades y esferas, como el caso de la actividad económica y el mercado. Así, Zelizer muestra cómo cambian las formas de asignar valor a los niños: mientras que en el siglo

XIX el valor de mercado de los niños era culturalmente aceptable, más tarde el nuevo ideal normativo del niño se definió por ser exclusivamente emocional y afectivo.

Diseño de la investigación

En este sentido, este artículo parte del supuesto de que aquello que es esperable para una etapa de la vida, en este caso la infancia, debe ser comprendido en el marco de configuraciones culturales específicas. A partir de una investigación etnográfica en el noroeste de Misiones, se busca indagar sobre experiencias de infancia trabajadora en distintas generaciones y géneros y en particular sobre los sentidos, valores y prácticas que las caracterizan.

La búsqueda por conocer y comprender estas experiencias en distintas generaciones y sin restringirse a quienes son niños actualmente, se vincula a reponer el carácter relacional de la infancia. Es decir, permite dar cuenta de los modos en que se articulan las experiencias y expectativas de los adultos con las de los niños sin caer en un posicionamiento que separe estos dominios como si se tratara de culturas infantiles aisladas (Szulc, 2006).

La metodología utilizada es el trabajo de campo etnográfico, pues resulta una vía privilegiada para acceder no solamente a la perspectiva de los actores sociales sino también a una dinámica de interacción local que no sólo puede ser comprendida por medio de entrevistas. Se analizan y se discuten resultados preliminares de una investigación en curso a partir del relato de situaciones observadas y fragmentos seleccionados de entrevistas. El trabajo de campo se realizó durante catorce días del mes de julio de 2015 en tres barrios rurales de una localidad al noroeste de Misiones. Los barrios fueron seleccionados por presentar los más altos índices de trabajadores que venden piedras, según lo indicaron pobladores locales y algunos funcionarios estatales de sectores diversos (Salud, Educación y Acción Social). La co-residencia en el lugar de estudio, la utilización de técnicas no directivas como observación participante y la realización de entrevistas abiertas y semiestructuradas fueron características de esta investigación etnográfica. Se toman como unidad de análisis tres unidades domésticas en las que hay/hubo trabajo infantil en venta de piedras preciosas por parte de integrantes de distintas generaciones.

Antecedentes de la investigación

Este trabajo se enmarca en una investigación en curso sobre experiencias de trabajo infantil que procura indagar sobre sentidos y prácticas asociados a distintas generaciones y géneros. El lugar de estudio es una localidad ubicada al noroeste de Misiones, Colonia Wanda, en particular algunos barrios de una zona rural. Mastrángelo (2006) realizó allí un estudio que caracterizó el trabajo infantil de la zona y precisó algunos riesgos laborales asociados a la actividad de venta y extracción de piedras preciosas. A partir de este aporte, la investigación en curso busca indagar en particular (según la perspectiva de los actores sociales) sobre padecimientos, habilidades y valores que se asocian al hecho de trabajar durante la infancia, considerando las consecuencias que hayan tenido en otras etapas de la vida.

Uno de los hallazgos del trabajo de campo realizado es que trabajar durante la niñez adquiere significados y prácticas específicos según la generación, el género y la historia familiar particular (Frasco Zuker, 2016). Mientras que una de las consecuencias más mencionadas por las generaciones de adultos entrevistados fue haber dejado la escuela por tener que trabajar desde niños/as, los adolescentes que trabajaron vendiendo piedras hace algunos años atrás y los niños que hoy se dedican a esa tarea no han referido incompatibilidad entre trabajar e ir a la escuela. La búsqueda de piedras en el monte, la limpieza de las mismas y su posterior venta son realizadas a contraturno del horario escolar. En este sentido, se ha puesto en discusión la necesaria correspondencia que se plantea desde la Organización Internacional del Trabajo (OIT) entre trabajo y abandono de la escuela, aportando elementos que permiten trazar diferencias entre generaciones. Además, consecuentemente, permite poner en tensión la idea de que la asistencia a la escuela es la mejor solución para erradicar el trabajo infantil, al encontrarse compatibles y articuladas⁴. Los niños entrevistados han señalado que el conocimiento del espacio, de los recursos y la interacción con otros/as que implica la actividad de extracción y venta de piedras se constituyen como saberes y experiencias valorados positivamente que pueden caracterizarse como un modo de particular de crecer (Remorini, 2010). Ir al monte a buscar piedras, permanecer en la calle vendiendo junto a vecinos y/o hermanos, hablar con los turistas y correrlos hasta lograr que paren y las compren son formas de conocer y habitar el

⁴ De todos modos, es necesario advertir que aunque el trabajo infantil no implique abandono escolar puede impactar sobre la escolarización en aspectos como el rendimiento escolar, el cansancio y la existencia de sobriedad escolar.

mundo que implican “divertirse”⁵, sobre todo según refieren los niños, y también requieren algunos saberes específicos.

Lugar de estudio, breve caracterización socioeconómica

El Municipio Wanda pertenece al Departamento Iguazú, ubicado al Noroeste de la Provincia de Misiones. Según los datos del último censo nacional, Wanda tiene una población de 15.529 (IPEC, 2010). La zona rural donde se ubican los barrios con familias que extraen y venden piedras preciosas es el Puerto Wanda⁶.

La minería artesanal y de pequeña escala es una alternativa económica para muchas familias que residen allí. La mayoría combina la extracción y venta de piedras preciosas con otras actividades. Entre ellas se encuentran el servicio doméstico, si es realizado por mujeres incluye tareas de lavado de ropa, limpieza y cuidado de niños y si es realizado por hombres “carpidas”⁷, la construcción, y trabajos estacionales en la foresto-industria y la cosecha de yerba. También hay familias que solamente realizan esta actividad en los períodos de mayor presencia de turistas en la zona, ya sean vacaciones o fines de semana largos.

Los yacimientos de piedras preciosas a los que se hace referencia son son canteras de geodas a cielo abierto. De este tipo de yacimiento extraen piedras los niños y sus padres, quienes luego las venden a los turistas sin previa elaboración. O las venden tal como han sido extraídas, sin pulir pero lavadas con agua y jabón, o las parten con martillo y las usan como “granel” (pequeños pedazos de piedras) de los típicos arbolitos⁸ que se venden en la calle principal, que es a la vez la vía de acceso a dos empresas mineras formales de la zona.

⁵ Las comillas serán usadas tanto para citas bibliográficas (con su consecuente referencia) como para expresiones nativas.

⁶ Para una caracterización socioeconómica e histórica del lugar de estudio más completa ver Frasco Zuker, 2016.

⁷ El término nativo carpir designa el trabajo de mantenimiento de jardines y chacras.

⁸ Son artesanías de alambre con piedras preciosas, pegadas con pegamento adhesivo de contacto y con porcelana fría pintada con témpera.



Foto 1: Niños vendiendo piedras en la calle donde pasan los turistas para acceder a las dos minas de la zona.

Foto 2: Árboles hechos con “granel”, alambre, pegamento adhesivo y porcelana fría.

La participación de niños en actividades laborales de la zona no se limita a la extracción y venta de piedras preciosas. El trabajo temporal en la cosecha de yerba mate -tarefa⁹- se caracteriza por el pago a destajo, por lo que es una práctica frecuente que el tarefero reciba ayuda de su familia -entre los que se encuentran niños- para cosechar en menor tiempo la mayor cantidad de yerba posible (Roa, 2013). Según señalan investigaciones recientes sobre familias tareferas (Traglia, 2014) aunque esté vigente la Ley que prohíbe el trabajo infantil y aunque muchas de las familias tareferas sean beneficiarias de la Asignación Universal por Hijo¹⁰, lo que se traduce en un fuerte incremento de controles para prohibir la permanencia de niños/as en actividades laborales, persiste la práctica de que los niños/as acompañen a sus padres durante la cosecha.

Los/as “piedreros/as”. Tres experiencias

⁹ Tarefa es una palabra del idioma portugués que se utiliza para designar la tarea de tarefar, de cosechar manualmente la yerba mate.

¹⁰ La Asignación Universal por Hijo para la Protección Social fue una medida implementada en Argentina en el año 2009 y se inscribe en el marco los denominados Programas de Transferencia Condicionados. Esta medida apunta a aumentar los ingresos de las familias mediante una transferencia monetaria cuya finalidad es alcanzar con un ingreso mínimo a aquellos niños que hasta ese momento no recibían ningún tipo de ingreso de carácter formal. La contraprestación consiste en la obligación de los padres o titulares del beneficio de cumplir con los requisitos establecidos: cumplimiento de controles de salud y vacunación de los niños y cumplimiento del ciclo escolar correspondiente, para los de edad escolar.

“Piedrero/a” es un término nativo para designar a quienes trabajan “con las piedras”, es decir, que se dedican a su extracción y/o venta como medio de subsistencia. Más precisamente se usa para referirse a aquellos que extraen piedras del monte. Hay varias formas de trabajar “con las piedras”: hay quienes van “al piedral” o al monte (se usa indistintamente para hacer referencia a los lugares del monte de donde se extraen piedras) y venden esas piedras luego, hay quienes se las venden a otros “piedreros” que luego a su vez las venden a los turistas o a las empresas mineras de la zona, y hay quienes compran¹¹ por kilo piedras ya teñidas en Brasil. Las piedras teñidas son utilizadas para hacer los árboles (se las pega en el alambre), o son vendidas como “llamadores de ángeles”¹² que ya se compran hechos. En menor medida, y sólo en tres puestos, se venden llaveros con esas mismas piedras teñidas y ya cortadas en forma de luna o estrella. Una diferenciación análoga se encuentra con los árboles que se venden: mientras que en algunos casos una misma persona extrae la piedra, compra los materiales necesarios (alambre, porcelana fría, pegamento adhesivo y en algunos casos ténpera) y los arma, hay quienes se lo compran a algún conocido y lo venden a los turistas a unos pesos más caro (no supera mucho más de los \$2).

1. “Ser piedrero”

Las diversas experiencias que se mantienen con el ambiente y con los materiales están íntimamente asociadas a la forma de percibirlos y comprenderlos: “Ser piedrero es como ser un doctor. El doctor sabe tocar donde a uno le duele y nosotros sabemos si hay piedras o no hay antes de hacer el pozo, y ya apenas cuando clavamos la barreta [palo de hierro] por el ruido mismo te das cuenta si es cuarzo”. Wilson¹³, quien dijo esto mientras caminábamos por “el piedral”, tiene 24 años y trabaja desde su niñez con las piedras junto al resto de su familia. A medida que recorriamos decía “¿viste qué lejos es? Y mirá qué difícil que es volver con todas las piedras caminando y cargándolas, y después los turistas te quieren poner ellos el precio”. El conocimiento que Wilson tiene del “piedral” (tanto del camino a tomar como de los ruidos y las técnicas para saber cómo encontrar piedras) se

¹¹ O se compran en Foz de Iguazú o algún vendedor de Foz de Iguazú viaja a Wanda y las vende allí.

¹² Se nombra como llamadores de ángeles a los colgantes tipo móviles hechos con hilo de tanza y piedras teñidas.

¹³ Todos los nombres han sido modificados para proteger el anonimato de los informantes.

articula a un discurso que enfatiza el esfuerzo de esa actividad particular, sobre todo la vuelta del monte con el peso de las piedras. Además, ese esfuerzo es lo que le permite darle un alto valor a las piedras expresado en precio, que se manifiesta por ejemplo cuando destaca el carácter “tacaño” de los turistas porque “no conocen” todo lo que él hace.

Toda la familia de Wilson se dedica a la venta de piedras y árboles desde hace más de una década. Luego de haber intentado conseguir trabajo y establecerse en Buenos Aires, se volvieron a Wanda tras la crisis del 2001 y comenzaron a vender piedras. Su madre, Mirta, está “agradecida” por todo lo que tienen, que “se lo debemos a las piedras”. Actualmente sólo van al “piedral” a extraer las piedras Wilson y su padre, Felipe, mientras que Mirta y sus tres hijos menores venden las piedras sueltas y árboles armados por ellos en la puerta de su casa (que está justo en la calle por la que los turistas entran a las minas).

Todos los miembros de la familia (excepto Felipe, que tiene un empleo de jornada completa de lunes a viernes) participan durante el día en el armado de árboles, bajo un método que están utilizando varios/as vendedores y que en parte reemplaza a la extracción de piedras del monte. Este método consiste en romper o moler pedazos de botella de vidrio, lavarlos, pegarlos con cola, pintarlos con ténpera y dejarlos secar para luego pegarlos en el alambre que forma la hoja del árbol. Los árboles se los venden por encargo a la dueña de una de las minas de la zona a \$10 cada uno. Si los venden directamente a turistas lo cobran \$20, e incluso \$30 si es en Puerto Iguazú.

“El único beneficio de venderle a la mina más barato es que compran en cantidad, acá a veces el trabajo escasea y tenés que agarrar una carpida o algo más. La mina paga una miseria pero con el turismo solamente no podés vivir, hay que esperar, no vendés cien arbolitos así tiki-taka, como decimos nosotros. Por ahí vendés 3 en un día y otro día ninguno, pero bueno en un día logro un mil pesos así” (Wilson)



Foto 1: Pozo cavado en “el piedral” del que se extraen piedras preciosas con ayuda de palas y palas.

Foto 2: Piedras extraídas de pozos en proceso de ser “lavadas” con agua y jabón, antes de ser vendidas.

Wilson vive en una casa a pocos metros de la de sus padres, con su esposa e hijo de un año. Si bien casi todo el tiempo se junta con sus hermanos y su madre a armar árboles, él se compra sus materiales y vende en Puerto Iguazú (en temporada alta) o a la dueña de la mina independientemente de lo que haga su familia. De hecho, tiene también un proyecto propio que es abrirse un local, armar mucha más cantidad de árboles y distribuirlos en otras provincias como Buenos Aires, “si en Iguazú vendés más caro imaginate lo que puedo llegar a sacar en otro lado”. Se auto diferencia de otros/as vendedores/as de la zona por hacer él mismo “árboles de buena calidad, prolijos. Si vos ves que te venden uno tan barato será porque tampoco está muy bien hecho, son desprolijos”. Le gusta su trabajo porque se levanta “a la hora que quiere”, no tiene jefe y se administra él mismo los tiempos de trabajo y la cantidad que produce.

“Por ejemplo, hoy me desperté a las 4 de la madrugada y me puse a hacer arbolitos porque no podía dormir, pero si quiero me quedo en la cama como hasta las 10, 11 de la mañana con mi hijo viendo tele, el tema está en saber administrar el trabajo ¿viste? Porque si uno deja de trabajar y de armar arbolitos ¿cómo pagás después tus gastos?, ¿cómo comprás mercadería? Uno tiene que ir haciendo por si vende y no quedarse sin nada”

Mirta también reconoce que la dueña de una de las minas le paga muy poco por los árboles que le vende e incluso cuenta que recibió quejas por parte de ella cuando quisieron cobrarle \$1 más por cada árbol. El aumento se justificaba “porque los gastos de electricidad del molino, todos los arreglos que tuve que hacerle los pagamos nosotros, ¿viste?”. Como la mayoría de las familias no tienen molino en su casa, es frecuente que varios vecinos se acerquen a lo de Mirta y le pidan que muele las botellas de vidrio. “Y yo me quedo con la mitad ¿viste?, porque sino es muy fácil y a nosotros nos cuesta mantener el molino”.

Mirta les enseñó a todos sus hijos a hacer los árboles desde su niñez, aproximadamente a los 8 años. “Si uno no les enseña a trabajar de chicos después, cuando son más grandes y tienen 14 años vos no podés enseñarles, ya no te prestan atención”. Y agregó, sin que mediara una pregunta de mi parte: “A mí las leyes para niños no me parecen buenas, ya sé que hay leyes contra el trabajo infantil pero yo no creo que esté bien, demasiados beneficios

y después no saben hacer nada”. En el transcurso de esta conversación con Mirta estaban presentes sus tres hijos menores (9, 14 y 15 años). Por momentos se sentaban a escuchar y si pasaban turistas se acercaban a vender, y si alguno concretaba una venta levantaba los billetes y les mostraba a sus hermanos que tenía más plata que ellos. El más chico era el que más corría a los autos que pasaban por la calle levantando en una mano una piedra y en la otra un árbol, los dos mayores permanecían sentados al lado de la mesa donde exhibían más piedras y árboles ordenados por tamaño/precio. Toda la plata que ganan se la entregan a su mamá y ella compra mercadería y ropa.

La importancia de “enseñar a trabajar de chicos” es asociada, además, a una vía para de alejarse de la “mala junta”. Pero esa forma de alejarse de la “mala junta” se encuentra más limitada, porque cada vez hay más control del trabajo infantil y sobre todo en períodos de temporada alta.

“Cuando la gurisada va a Iguazú la policía de allá los corre, les hacen problemas por las piedras, les dicen que no tienen ningún permiso para venderlas... entonces uno no puede hacer nada porque si vos robás vas preso pero si querés trabajar honesto como nosotros también, te quieren sacar” (Wilson)

No obstante, en Wanda este control se limita en muchos casos a correr a los/as vendedores de una curva por la cual se accede a la calle de las minas. Una tarde, “los inspectores” pasaron en una camioneta del Municipio (que decía “Tránsito”) y les pidieron a unos/as vendedores/as que estaban ubicados en esa curva que por favor se corrieran: “Necesitamos que salgan de esta curva peligrosa, tenemos órdenes de hacerlo, por favor vayan a otro lado pero no se queden acá porque sino va a venir Gendarmería”. Los/as vendedores/as se corrieron apenas unos metros y siguieron vendiendo, ya más alejados de la curva. En otras oportunidades, y a veces a los gritos, les dicen a los/as niños/as que están solos que se vayan ya mismo a su casa porque “no pueden estar solos vendiendo sin un adulto”.

2. Una generación anterior a los “piedreros”

Felipe, el padre de Wilson, tiene 14 hermanos más. El padre de todos ellos se llama Mateo, tiene 88 años y vive solo en una casa muy cercana a la de otro de sus hijos, Rubén. La centralidad que tiene Mateo en la familia y la posibilidad de conversar con un hombre que trabajó desde su infancia y que pertenece a una generación de la que no hay tantos representantes, hizo que lo tome como un informante clave. De este modo, se accede a la

perspectiva de representantes de 3 generaciones de una misma familia: Wilson, sus padres y sus tíos, y Mateo.

El día que fui a la casa de Mateo estaban tres de sus hijos (Diego, Rubén y Esteban). Es habitual que tanto sus hijos/as como nietos/as vayan semanalmente a visitarlo y se encarguen de prepararle comida y curarle una herida que aún tiene en la pierna por una mordedura de víbora. Mateo habla muy poco castellano, por lo que toda la conversación fue traducida del guaraní por su hijo Diego.

Mateo “trabajó la tierra” desde los 6 años, en la chacra de sus padres en Paraguay. Todo lo que supo plantar (caña dulce, maní, mandioca, porotos, etc.) lo aprendió de sus padres y se lo enseñó a sus hijos, tanto a los varones como a las mujeres: “ahí sí que no había hijo mimado, cada uno tuvo su azadita para carpir, Diego a los 5 años ya”. A los 9 años Diego empezó a tocar la guitarra, le gustaba mucho hacerlo pero a Mateo le parecía “cosa para vagos” y no sólo que no lo incentivaba sino que lo desalentaba: “vaya y trabaje”, le decía. Actualmente Diego toca la guitarra y forma parte de una banda de música, y lejos de reprocharle a su padre que lo aleje de la música, le agradece el rol de guía que tuvo para él y sus hermanos/as:

“Papá nos guiaba ya desde muy chiquitos, teníamos que decirle señor papá y señora mamá, con el respeto que se merecen. Y pensar que hoy en día mi gurí dice cada cosa... Gracias a papá sino íbamo a ser indios, él nos enseñó a trabajar la tierra y como él nunca fue a la escuela también nos hacía estudiar. Si papá no nos enseñaba a trabajar íbamo a ser vagos, rebeldes. Y pensar que todo lo que uno hoy compra en el supermercado sale de la tierra, todo lo que comemos sale de ahí”. (Diego)

Aunque valora las enseñanzas de su padre acerca de cómo “trabajar la tierra”, Diego no cree que sea tan importante que sus hijos o chicos de esta generación actual sepan hacerlo, porque “hoy hay tecnología, yo veo mejor que sepan computación, inglés, bueno digo yo que estudien. Hoy por hoy hay que estar informado y no estar en la chacra, ese es un pasatiempo nomás, y más acá que mucho laburo no hay”. (Diego)

Rubén, otro de los hijos de Mateo presentes en la conversación, atribuyó el logro de tener hoy un trabajo fijo en la Municipalidad al hecho de “saber hacer de todo un poco, y gracias a papá. Cosechábamos, también éramos aguateros, de todo hacíamos”. A sus 13 años, apenas unos años después de que Mateo fuera perseguido y amenazado por “los

colorados”¹⁴ causando que toda la familia se venga a instalar a Wanda, comenzó “a hacer raleo” con su papá, en la empresa forestal Pérez Companc.

“Cuando papá empezó a trabajar en la empresa el patrón le ofreció trabajo para nosotros en electricidad, para ser mecánico pero papá no quería, le daba miedo que tengamos un accidente, nosotros queríamos aprender pero papá no sabía hacer ese trabajo pesado y nos decía que era muy peligroso.” (Rubén)

En este relato aparece una dimensión importante para analizar el trabajo infantil porque da cuenta de la insuficiencia de explicaciones que se centran principalmente en el nivel económico como causa de su aparición o persistencia. A pesar de que vinieron “sin nada, desnudos” desde Paraguay y necesitaban trabajar todos/as para garantizar la subsistencia de la familia, Mateo consideró que ciertas tareas eran demasiado peligrosas para niños y no permitió que sus hijos las realicen. Además, niega la supuesta naturalización e invisibilización de riesgos por parte de las familias donde hay trabajo infantil. Por el contrario, el relato muestra que hay una percepción del riesgo asociada a ciertas tareas, y que se traduce en una práctica concreta de prohibición del padre a sus hijos.

El hecho de “no tener nada”, de “dormir en el suelo, porque ni camas teníamos” es significado por Diego como una experiencia que “ambienta el cuerpo”: “nosotros ambientamos el cuerpo, cómo te voy a decir, hoy día si vos tapás tanto a los bebés por cualquier cosita ya estornudas, se resfrían”. El cuerpo de su padre es un ejemplo de un cuerpo ambientado por muchos años: “ya no recibe más medicamento, tiene muchos años, ya tiene más de dos etapas él: una etapa tiene 40 o 45 años digo yo, y un cuerpo que trabaja en el monte, se sacrifica, se estropea, sufre y ya después de los 40 deja de ser productivo para la sociedad”.

Si bien tanto los hijos varones como las hijas mujeres de Mateo han “trabajado la tierra” desde que son niños, solamente apareció en el relato de una mujer que también se lavaba ropa y limpiaba. En otra visita que hice a la casa de Mateo estaba Flavia, una de sus hijas, quien definió qué tareas eran sólo de mujeres: “Con una de mis hermanas nos turnábamos para ayudar a mamá una semana y una semana para limpiar y lavar la ropa, que era muchísima y muy dura, teníamos que lavar los uniformes con que papá y los hermanos iban

¹⁴ Mateo era del Partido Liberal y debido a persecuciones, amenazas, agravios físicos y usurpación de su chacra por parte de “adversarios” del Partido Colorado (liderado por Alfredo Stroessner) tuvo que abandonar las hectáreas que tenía en Paraguay y migrar con toda su familia a Wanda. Cuentan sus hijos que, si hoy Mateo ve a alguien vestido con alguna prenda color roja, “no le gusta”. Todas las veces que fui a visitarlo, estaba vestido de azul, y según sus hijos siempre es así.

al monte”. Ese trabajo también dejó marcas en su cuerpo: Flavia tiene las dos piernas muy hinchadas hace varios años y le atribuye esa hinchazón a “haber estado tantas horas parada, lavando y lavando, yo digo que es por eso”. Cuando la figura de la madre apareció en la conversación, Diego señaló que también gracias a ella aprendieron, porque estaba “muy pendiente de sus hijos, de mantenernos bien”

“Recién ahora me doy cuenta de que la finada mamá era una trabajadora... si algo le parecía que no estaba bien limpio de nuestra ropa, lo volvía a lavar. Recién ahora me doy cuenta de todo el trabajo que tenía, éramos muchos, y ella nos cocinaba, limpiaba, nos llevaba a la escuela.” (Diego)

Actualmente, casi todos los hijos de Mateo (quienes viven en zonas rurales) tienen su chacra y no comercializan lo que producen sino que lo consumen. Ninguno de sus hijos/as, a su vez, “trabaja la tierra”, sólo van de vez en cuando a la chacra, con muy poca frecuencia.

3. “Sólo para vacaciones”

Florencia (24 años), Juan (14 años) y Analía (19 años) son tres hermanos que durante las dos semanas de vacaciones de invierno de 2015 estuvieron vendiendo piedras y arbolitos en la calle. Hace tres años que se dedican a vender solamente durante las vacaciones, porque durante el año tienen otros trabajos o van a la escuela (dependiendo el caso).

Vender piedras representa para cada uno de ellos algo diferente, pero tiene en común que es para todos una alternativa laboral y que se restringe a las vacaciones y/o feriados largos. Según Florencia, ella “ayuda” a la economía doméstica y con lo que vende puede comprar mercadería o cosas para la escuela de sus tres hijos.

“Mientras mi marido se va a trabajar por dos, tres meses a la chacra, yo salgo a vender y en lo que puedo ayudo, no es mucha ayuda pero bueno, todas las mañanitas tomamos mate y venimos a vender, y de noche cuando podemos hacemos arbolitos, pegamos”

Florencia quedó a cargo del cuidado de sus hermanos/as cuando su mamá se separó del padre y “se fue”. Por ser “la mayor” tuvo que quedarse en la casa el tiempo que el padre trabajaba y no pudo continuar asistiendo a la escuela, que dejó en 6 grado. A partir de ese momento, siempre tuvo trabajos de “ama de casa”, que hace unos tres años atrás comenzó a complementar con la venta de piedras y arbolitos. “Te soy sincera, sólo hacemos esto para

las vacaciones, cuando llegan los turistas le pido a mi marido que me vaya a sacar piedras al monte y yo me vengo a vender con ellos [sus dos hermanos]”.

Todas las conversaciones con Florencia, Analía y Juan transcurrieron en la calle donde ellos venden piedras, y en donde yo hice observación participante. Corren a los autos levantando los platos llenos de piedras, que cobran \$50. Juan ofrece “una piedrita de regalo” si los turistas piden rebaja, en cambio Florencia baja \$10 el precio ante el primer comentario o regateo.

“Yo ya conozco cuando dudan y bajo el precio, te das cuenta por la cara. Es que volver caminando a casa con todo este peso cuesta mucho... ellos no saben el trabajo que da esto, sacar las piedras, pero igual prefiero venderlas como sea para ir a casa con menos peso, ¿sabés lo que pesa esta mochila?” (Florencia)

Leo, el marido de Florencia (26 años) comenzó a vender y extraer piedras desde los 8 años hasta los 12, iba con su hermano o algún amigo al monte y muchas veces vendía junto a su mamá: “Un día me iba a sacar piedras y el otro día vendía y así, iba rotando”. Dejó de vender piedras a los 12 años y comenzó un recorrido por diversos trabajos (raleo, tarefa, motosierrista) “cuando empezó el quilombo y el dueño de la mina le pagaba a los milicos para que nos sacara de ahí, y acá es así, si tenés plata hacés lo que querés y si no tenés nada, seguís sin nada y no tenés a quién reclamarle”. Leo no considera que haya cambios con respecto al poder que tienen los dueños de la mina, porque actualmente “andan diciendo que nosotros nos robamos las piedras que vendemos y eso es mentira! Ellos son los que nos compran las piedras y las venden más caras a los turistas, venden al doble porque le ponen un ácido a la piedra que no le deja ni un gramito de tierra”.

Una de las diferencias que encuentra entre ir a buscar piedras en la actualidad y cuando lo hacía a sus 10 años es que “antes estaban ahí nomás en toda la costa del Paraná, hacías un pozo de 1 metro y ya estaban, ahora hay que cavar más hondo, es más sacrificio”. Sin embargo y a pesar del esfuerzo, la gran ventaja que aún hoy encuentra en vender piedras es que se puede hacer de forma continua, sin interrupciones como la que implica la tarefa: “es lo que más deja, porque en la tarefa hay temporada, no la tenés el año entero, pa’ las fiestas siempre quedas colgado, sin trabajo, sin nada”. Mientras me contaba esto, después de cenar, Florencia y él armaban arbolitos que se venderían la mañana siguiente.

Analía es, según ella misma, una mujer a la que le gustan los “trabajos pesados, de hombre”. Ir al piedral es una actividad eminentemente masculina (aunque no

exclusivamente) y a ella le “encanta” acompañar a su marido allí “aunque él no quiera”. Del mismo modo que le encanta tarefeear aunque su marido haya tratado de convencerla de que eso no era para ella, “yo soy caradura así que me fui al yerbal, mis hermanos se enojan conmigo porque dicen que es muy sufrido, pero ellos no entienden: a mí me gusta”. La primera persona que no quiso que ella trabaje fue su padre: “papá no quería que lo ayude en la casa cuando mamá se escapó de nosotros y yo empecé a trabajar de lavandera en Ciudad del Este, él quería que me compre mis cosas nomás”. Luego de unos años trabajando como niñera en Wanda (entre sus 15 y 16 años) comenzó a tarefeear con el marido y lo siguen haciendo. Cuando no es época de cosecha, Analía vende piedras junto a sus hermanos/as y vecinos/as porque “es divertido” y además se aburre en la casa, se siente “encerrada”. Su marido, en cambio, durante ese período se va a Puerto Iguazú y trabaja como remisero: “como no tenemos hijos, andamos por todos lados”.

Juan, hermano menor de Florencia y Analía, es el único que vive con su padre. A pesar de que su padre insiste en que continúe yendo a la escuela, Juan no quiere seguir estudiando. Empezó vendiendo piedras y yendo al monte a los 10 años con un amigo del barrio, quien le “enseñó todo”. Prefiere estar en la calle vendiendo piedras que ir al monte: “voy al monte cuando tengo ganas, y si vamos juntamos nomás de los pozos que ya están hechos pero no cavamos, si hay pozos viejos no entramos porque se pueden desmoronar y ya hubo accidentes por eso¹⁵”.

Discusión

La caracterización de los tres casos presentados en el artículo tienen como objetivo reponer un mundo social que comparte una historia socioeconómica que condiciona las alternativas laborales así como también dar cuenta de diferencias significativas que hacen del “piedrero” una figura no unívoca. La extracción y venta de piedras se configura como un medio de subsistencia posible en una zona donde las fuentes de trabajo son escasas. Sin embargo, la forma particular que adquiere esa actividad y el significado que le es atribuido

¹⁵ El accidente al que puntualmente hace referencia Juan es al fallecimiento de una adolescente que se metió en un pozo a buscar piedras y se produjo un desmoronamiento que le impidió salir.

varían de acuerdo al género y a las trayectorias familiares, particularmente a las experiencias de persecución política y migración.

“Ser piedrero” es una forma de auto identificarse que representa un orgullo, un tipo de trabajo que cada uno se regula, una forma “prolija” de trabajar y una vía para tener lo propio que se opone a la del robo. En los casos presentados, esta identificación aparece activada por sujetos y/o familias que tienen una larga trayectoria con la venta de piedras y por familias completas de, o mayormente compuestas por, “piedreros/as”. Se recurre a la herramienta teórica de identificación porque resulta adecuada para dar cuenta de cómo una definición propia de los actores sociales supone ciertas prácticas y categorizaciones que adquieren sentido en un determinado contexto (Grimson, 2011). Pensar en términos de identificación evita la imposición categorías teóricas propias del investigador y que no tienen relación con la significación singular que le otorgan las propias personas que la habitan.

Un “piedrero” no solamente conoce cómo llegar y qué caminos tomar en el monte, también sabe si habrá o no una piedra (y qué piedra será) solamente al escuchar el ruido que se produce al clavar la “barreta” en la tierra. En este sentido, resulta adecuada concepción de ambiente que propone Ingold (2002) pues no se limita a su dimensión material ni a un lugar de trabajo sino que es un espacio en el que se adquieren habilidades sensoriales, motrices y que permite comprender cómo es experimentado por los propios sujetos.

En otros casos presentados, la extracción y venta de piedras es una alternativa económica que se articula con otras: se presenta como una posibilidad cuando escasean otros trabajos (como el doméstico) o cuando no es temporada de tarea. Los significados que las personas le atribuyen a esta actividad están más vinculados a esa experiencia ocasional que una fuente estable de ingreso que provoque “agradecimiento por lo obtenido”. Es “ayuda”, es “divertirse con vecinos/as y amigos/as”, “no estar encerrada si no tengo nada para hacer”.

Considerar las experiencias infantiles de distintas generaciones ha permitido dar cuenta de algunas continuidades y cambios con relación a la importancia atribuida al trabajar desde la niñez. Dentro de una misma familia, para la generación más antigua, si un niño no “trabajaba la tierra” era asimilable a la figura de “un vago”. Ahora bien, no todos los trabajos son considerados aptos para ser realizados por niños: trabajar como electricista o con máquinas es percibido “peligroso” por Mateo. Aquello que los sujetos perciben como

riesgo (Douglas, 1973) forma parte de un sistema de clasificación que condiciona comportamientos, en este caso un impedimento del padre de realizar ciertas tareas. En este sentido, y contrariamente a lo que es sostenido desde la OIT, lejos de naturalizar los riesgos del trabajo infantil, los sujetos no solamente perciben riesgos sino que además los asocian a ciertos trabajos y regulan sus prácticas a partir de esa percepción.

La generación siguiente (representada por los hijos de Mateo) muestra un “agradecimiento” por todo lo que sabe gracias a la actitud “estricta” y las enseñanzas de sus padres, pero comprende que la transmisión a sus propios hijos de algunos valores y saberes debe ser ajustada al nuevo contexto histórico y sociocultural. Si bien se reconoce la importancia de saber cómo “trabajar la tierra” y ese saber continúa adquiriéndose a través de las generaciones, ya no es considerado un “vago” quien no lo hace y es cada vez menos valorado como un medio de subsistencia. En este sentido, se observa que los valores y prácticas no son meramente reproducidos entre las generaciones sino que pueden transmitirse, transmitirse con modificaciones o directamente no transmitirse. Los sujetos realizan una apropiación diferencial de dichos valores (Dias Duarte, 2011), lo que encuentra sustento en las diversas formas de concebir el trabajo infantil: de todos los adultos que han trabajado siendo niños algunos no quieren que sus hijos trabajen mientras que otros consideran a la infancia como mejor momento para enseñarles a trabajar. Además de estas diferencias, que habilitan a conceptualizar una generación como un grupo no homogéneo, hay también posiciones compartidas (Remorini, 2006) como por ejemplo, la importancia otorgada a que sus hijos asistan a la escuela. De todas maneras, la asistencia a la escuela per se no aparece asociada ni a las habilidades para el trabajo ni a la inserción laboral futura.

En los relatos de la tercera generación considerada, la de niños y jóvenes, se establece una asociación entre la venta callejera y el divertirse entre amigos. La observación participante permite acceder a una dinámica de interacciones sociales que conviven en ese espacio: la calle es el lugar donde se gana plata, es el lugar que recorren “los inspectores” para echar de las curvas peligrosas a los vendedores, es el lugar de encuentro con vecinos/as de otros barrios que también venden allí. Se divierten compitiendo por quién hizo más plata, haciéndoles chistes a los turistas que dudan si comprar o no, corriendo a los autos hasta lograr que paren, esquivando los controles municipales, escondiéndose y juntándose con

otros/as vendedores/as bajo un techo si llueve. La forma de ser y estar en ese espacio, compartida por los/as entrevistados/as de esta generación, tiene relación con la posición que los sujetos ocupan en el mundo social (Merleau-Ponty, 1984. En: Milstein, 2006). En contraposición, para muchos adultos la calle es un lugar de peligro y donde hay que cuidarse de los autos y los atropellos.

La consideración de una perspectiva intergeneracional y contextual en un estudio de caso etnográfico ha permitido situar las diversas experiencias de infancia en trayectorias específicas que resultan centrales para comprender los distintos sentidos atribuidos al trabajo infantil. Tal como ha sido expuesto, la aceptación (o no) de ciertos tipos de trabajo así como de sus riesgos no puede explicarse por fuera de las relaciones sociales en que acontece (Zelizer, en Llobet, 2012). Para dar continuidad a esta investigación se propone indagar, además de las dimensiones económica y moral del trabajo infantil, la forma en que el género y las trayectorias familiares operan en la reproducción de la vulnerabilidad y la subalternidad.

Bibliografía

- Colangelo, María Adelaida. 2003. La mirada antropológica sobre la infancia. Seminario Internacional La Formación Docente entre el siglo XIX y el siglo XXI, Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología de la Nación – Organización de Estados Iberoamericanos. Buenos Aires, 28 y 29 de noviembre de 2003.
- Douglas, Mary. 1973. Pureza y Peligro. Un análisis de los conceptos de contaminación y tabú. Madrid, Siglo XXI
- Duarte, Luiz Fernando Dias. 2011. Geração, fratria e gênero: um estudo de mandato transgeracional e subjetivação diferencial. Trivium, Jun 2011, vol.3, no.1, p.1-19
- Frasco Zuker, Laura. 2016. Investigación etnográfica sobre experiencias de trabajo infantil en el noreste argentino. Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud, 14 (2), pp. 1205-1216.
- Grimson, Alejandro. 2011. Los límites de la cultura. Buenos Aires. Siglo XXI
- Halperin, Verónica. “Trabajo infantil e infancia: un estado del arte de la investigación en Argentina (2009-2011)”. En: Trabajos infantiles e infancias. Investigaciones en territorio (Argentina, 2005-2010). Buenos Aires. La Crujía. 2012. pp. 39-83. ISBN: 978-987-601-168-6
- Informe global con arreglo al seguimiento de la Declaración de la OIT relativa a los principios y derechos fundamentales en el trabajo. ISBN 978-92-2-321874-4 (PDF web)
- Ingold, Tim. 2002. The perception of the environment. Essays in livelihood, dwelling and skill. Canadá. Routledge

- IPEC. 2010. Intensificar la lucha contra el trabajo infantil. Informe del Director General
- Llobet, Veleria. 2012. Una lectura sobre el trabajo infantil como objeto de estudio. A propósito del aporte de Viviana Zelizer. *Desarrollo Económico*, 52 (206) 311-328.
- Mastrangelo Andrea. 2006. Miserias preciosas: trabajo infantil y género en la minería artesanal. Misiones, Argentina. En: *A questão de gênero e trabalho infantil na pequena mineração sul-americana Brasil, Perú, Argentina, Bolívia* / Org. Zuleica C. Castilhos, Maria Helena R. Lima, Nuria F. Castro. Rio de Janeiro. CETEM/CNPQ
- Mastrangelo, Andrea. Scalerandi, Verónica. Figueroa, Marianela. 2011. Del recurso natural a la plantación: condiciones de trabajo en la forestación en el N de Misiones. En: Mastrangelo, AV y Trpin, V organizadoras. *Entre chacras y plantaciones. El trabajo rural en producciones argentinas que se exportan*. Buenos Aires
- Milstein, Diana. 2006. Y los niños, ¿por qué no? Algunas reflexiones sobre un trabajo de campo con niños. *Revista Avá* N° 11. pp. 49-59
- Rausky, María Eugenia. 2011. La calle y los niños: estrategias laborales en espacios públicos. *Revista Avá*, N° 19, pp. 319-346
- Remorini, Carolina. 2006. Las relaciones intergeneracionales en la vida cotidiana. Sobre el rol de los abuelos en las actividades de cuidado infantil en comunidades Mbya (Misiones, Argentina). *Actas del VIII Congreso de Antropología Social, Simposio 14: Cultura y envejecimiento. Abordajes multi e interdisciplinarios*. Salta: EDUNSa
- Roa, María Luz. 2013. Tarefa que me hiciste sufrir... La emocionalidad en la construcción del self de los jóvenes de las familias tareferas. *Revista Trabajo y Sociedad*. N° 20. Santiago del Estero. pp. 323-343.
- Szulc, Andrea. 2002. "Entre el trabajo y la escuela. Una aproximación antropológica al por qué del trabajo infantil" *Segundas Jornadas de la Cuenca del Plata*. Universidad Nacional de Rosario.
- Szulc, Andrea. 2006. Antropología y niñez: de la omisión a las 'culturas infantiles'. En: Wilde, G.; Schamber, P. (Ed.). *Cultura, comunidades y procesos contemporáneos*. Buenos Aires: SB
- Traglia, Carla. 2014. 'Ahora tenemos salario': transformación de las familias tareferas de Jardín América a partir del acceso a la Asignación Universal por Hijo para la Protección Social. Tesis de Licenciatura. Universidad Nacional de Misiones. 2014.
- Zelizer, Viviana. 2009. *La negociación de la intimidad*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.